

LAS DOS SOMBRAS DE LUIS JAVIER GAYÁ

(2002). Tinta sobre papel. 1005 palabras.

por MARTÍN LÓPEZ-VEGA

Hay pintores que llegan a una ciudad, colocan sus útiles, preparan sus tablas, y pasado un tiempo repiten la misma operación a la inversa y se marchan, llevándose bajo el brazo sus impresiones de la ciudad. Y hay otros que, cuando llega la hora de partir, resulta que la ciudad que se llevan pintada no es la que encontraron, sino la que ya llevaban dentro. Este es el caso de Roma y Luis Javier Gayá.

Lo que digo, lo sé, es una paradoja, pero también la vida es una paradoja de la que ignoramos la razón y el sentido y el arte, cuando es verdadero, es un espejo de esa pregunta.

No sé si molestando más de la cuenta, durante los meses que compartimos beca en la Academia de España en Roma me convertí en asiduo visitante del estudio de Luis Gayá. Me gustaba entrar allí y ver sus tablas con mil detalles del Puente Roto, de la Isla Tiberina, de las fuentes y las rúas de Roma, o aquella vista del Barrio Español desde el Ponte Sant'Angelo que fue tal vez su mayor empeño de aquellos primeros meses, y que se ve en la fotografía que acompaña a este catálogo, y en el catálogo mismo.

La fotografía, y me van a permitir que me detenga en ella, tiene también su historia. Está tomada en uno de los estudios que Luis utilizó en la Academia. Está llena de cosas que a mí me dicen mucho y que me gustaría que a ustedes también les dijeran. Hay ya muchos cuadros de Luis, y dibujos, y en el centro está ese que ya les he dicho. Luis envejece los dibujos utilizando café, que es el mismo método que empleo yo para terminar mis poemas, aunque yo me lo bebo y él lo expande con un pincel sobre lo dibujado. En la fotografía están también algunos de los bodegones con frutos romanos de su mujer, Blanca Muñoz de Baena, que no falta en la foto. Y está también la peluca que Luis me hizo con pelo de palmera para mi actuación en

la entrega de los premios Tempietto de Oro. Y está Luis. Y en esta foto, Luis tiene dos sombras.

Teniendo como tenía Roma y sus calles y sus frutos en su estudio, era rarísimo ver a Luis de paseo por el Trastevere, por la Isola Tiberina, por las calles del Barrio Judío. Parecía que le resultaba suficiente subirse a la terraza y que su vista, desde allí, era capaz de retener el nimio detalle de una fuente escondida o la luz de la tarde derramándose sobre los tejados de una calle en la que, la verdad, uno podía dudar que hubiese puesto los pies.

Un día Luis me dijo que le habían invitado a participar en una exposición en Licenza con la excusa del poeta Horacio. Necesitaba algunos versos suyos para subrayar un cuadro. Yo no le dije que me sabía poemas de Horacio de memoria, algunos de los cuales irían *que ni pintados* a sus cuadros, ni que tenía en mi estudio, el 12, una estupenda edición, porque vi la oportunidad de sacarle de la Academia. Así que le dije:

—Nos iremos de librerías.

Tras dudar un momento, aceptó. Se quitó ese chaleco de plumas color burdeos que se pone para pintar cuando hace algo de frío, se puso unos zapatos relucientes y nos fuimos camino de la librería española de Piazza Navona, atravesando el Viale Garibaldi, el Vicolo del Cedro, el Vicolo del Cinque, la Piazza Trilussa, el Ponte Sisto (perdonen que me recree con el recorrido, pero al nombrar las calles, de algún misterioso modo, siento que vuelvo a estar allí) hasta llegar a nuestro modesto destino. Como no tenían ningún libro de Horacio, no quedó más remedio que repetir la excursión unas cuantas veces, y pude comprobar con asombro que Luis, aunque caminaba a toda velocidad (pensando sin duda en el tiempo



PONTE ROTTO, 50x30 cm.

Óleo sobre tabla

precioso en que estaba dejando de pintar) veía cosas en las que a mí ni siquiera me daba tiempo a fijarme. Los ojos de Luis Javier Gayá recorren, como cámaras fotográficas metafísicas, los detalles, los colores, la luz de cada rincón que ve y luego, una vez reveladas en su interior, salen con limpieza en sus cuadros, en sus dibujos, en sus grabados. La Roma de Luis Javier Gayá no está en Roma, sino por ahí dentro suyo, cualquiera sabe dónde.

Después de ver esa Roma, es imposible contemplar la real como antes. Se vuelve más hermosa y también un punto más melancólica, con esa melancolía anticipada de los cuadros de Luis; la de saber que si no todo es pasado acabará por serlo, y conviene aceptarlo, porque sólo quien sabe que todo pasa es capaz de aprovechar el instante y retenerlo de la única manera que es posible: en una tabla, en una tela, en un verso, en el fulgor de un instante eterno.

Pero les dije que, en la fotografía, Luis Javier Gayá tiene dos sombras. Sin quererlo, nos ha desvelado el misterio. Mientras él pinta, una anda las calles de Roma descubriendo fuentes y tejados y rúas, y la otra le anda por dentro, examinando las luces de la mirada y las telarañas del corazón. Luego entre los tres hacen sus cuadros, que no son vida ni un reflejo de la vida, sino algo más alto: la vida nueva, una vida con sentido.

Luis Javier Gayá pertenece desde hace tiempo a la sociedad secreta de los *romaférits*, de los que, una vez que pisamos Roma, ya nunca salimos de ella. Todos los caminos llevan a Roma, pero no hay caminos que salgan de Roma. El lema de esa sociedad son unos versos de Rafael Alberti, trasteverino y *romaférit* también él: "Mientras duermo / las campanas del Trastevere / van y vienen por mi sueño". El paisaje de la memoria, de la Roma recordada, es como el de los cuadros de Luis Javier Gayá: un poco melancólico, un poco lejano, un poco soñado, pero recordado al detalle, y de dentro.

